

REFLEXIONES EN TORNO A LA ACCION EVANGELIZADORA DE LA VIDA MONASTICA

*Junto a la cruz de Jesús
estaba su madre (ver Jn 19,25)*

La misión de la vida monástica en "nuestra" Iglesia

1. Por mucho que se haya escrito y hablado sobre la misión del monacato en la Iglesia, no por ello debe considerarse que el tema está ya definitivamente agotado. Por el contrario, una reflexión desde el hoy de nuestro continente y *nuestra* Iglesia latinoamericana, al aproximarse los 500 años de evangelización en estas tierras, siempre puede ofrecernos una visión más clara y profunda del tema. Sobre todo en un momento tan exigente de la historia, en el cual toda la Iglesia del continente busca denodadamente darle un nuevo rostro a su plurisecular actividad evangelizadora.

2. El término *monje* no parece ofrecer mayores dificultades en lo que hace a su etimología. Deriva del griego *monos*, solo: el que ha renunciado al matrimonio, a formar una familia; el célibe. Pero el monje *cristiano* realiza esta opción, acepta esta elección y acoge el llamado de Cristo para la forma de vida monástica con un fin bien determinado; es un *monos tropos*, es decir un célibe para (o con) un objetivo único que envuelve toda su vida. Quiere renunciar al matrimonio para dedicarse enteramente a la búsqueda de solo Dios. Deja de lado una cierta vivencia del amor humano para intentar estar más enteramente disponible al amor divino. Sin falsas presunciones, con sincera humildad acepta el desafío de una total entrega al Señor porque confía en su gracia salvadora.

3. En cierta forma la vida monástica cristiana no es *utilitaria*. Un monje, una monja, aspiran únicamente a la presencia total de Dios en sus vidas. Ciertamente todo cristiano está llamado a idéntica meta. Pero creo que el monje hace de la consecución de esa meta, de ese pico elevado, el objetivo fundamental y único —o por lo menos principal— de su entera vida. Se *dedica*, se *consagra* y se *ofrece* a la presencia total de Dios en su vida. No solo para sí mismo, sino también para sus hermanos los hombres. En esta línea, ¿sería posible decir que la vida monástica no presta un servicio *concreto* a *nuestra* Iglesia? ¿Es cierta tal presunción? *

4. Tal vez sea acertado decir que el monacato no ofrece soluciones concretas e inmediatas a las exigencias pastorales de la Iglesia latinoamericana. Sin embargo, sí presta un servicio. ¿Cuál? Pienso que la respuesta más objetiva

brotó de una confrontación con el misterio de nuestra Madre, la Virgen María. No por un acaso cualquiera están tan arraigados entre nuestro pueblo fiel la devoción y el cariño a nuestra *Madrecita santa*:

5. Me voy a permitir recurrir a ciertos *modelos pictóricos* marianos para iluminar el servicio de la vida monástica a la Iglesia de este continente. En cierto modo ellos son ajenos a nuestra tradición cultural, pero por su conexión con la Iglesia primitiva —espejo en el que siempre debe volver a mirarse la Iglesia toda—, y por su cercana vinculación con las fuentes del monacato —en las que siempre deberá beber el monje para renovar su *carisma*—, no me parece que puedan dejar de tomarse en consideración. Me refiero en concreto a los *iconos marianos* tan venerados también en nuestros días en las iglesias de Oriente, Rusia y Grecia sobre todo¹. Recientemente Juan Pablo II ha llamado la atención a este respecto, pues constituyen un vínculo de unión cierto entre la tradición oriental y la occidental, entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa.

María, la que intercede

6. En algunos iconos podemos ver a María sin el Niño; con los brazos abiertos, como una orante. Es la Madre de Dios que suplica e intercede ante su Hijo por todos los hombres, sus hijos.

7. Las muchas imágenes que en nuestro continente representan a la Inmaculada —Guadalupe, Luján y tantas otras— no hacen sino indicarnos la gran estima que tiene nuestro pueblo fiel por María intercesora. A ella recurren en los momentos tristes y alegres de sus vidas, confían en la fuerza de su súplica ante el Señor. Ella es la *Mediadora* de todas las gracias.

8. También en el icono de la crucifixión vemos al pie de la cruz a María y al discípulo amado. La Virgen está transida de dolor, por eso con una mano se toma la garganta: una espada de dolor atraviesa su corazón (*ver Lc 2,35*); mas con la otra sigue intercediendo: el brazo extendido, la mano abierta, demuestran que aun en ese supremo instante de tan hondo sufrimiento, ella sigue siendo la que intercede por todos sus hijos los hombres. Frente al Hijo crucificado ora por la salvación de toda la creación: *María ruega por todos, por mí también*.

9. En un continente tantas veces lacerado por el dolor y la injusticia, pero que al mismo tiempo se abre a la esperanza de la salvación que nos ha sido regalada en Cristo, nuestras comunidades monásticas debieran ser las *intercesoras*, las que suplican —como María lo hace— por las tristezas y alegrías del pueblo fiel. Alabanza, acción de gracias y súplica confiada: he aquí un primer e insustituible servicio que la vida monástica puede brindar a *nuestra* Iglesia.

10. Monje es un *solo* por el Reino que intercede por sus hermanos, en especial por los más pobres y necesitados.

1. Pero no única ni exclusivamente, ya que su culto está bastante más difundido de lo que se suele pensar, también en Latinoamérica.

María, la que muestra

11. Algunos iconos marianos presentan a la Virgen con el Niño en sus brazos. Este no es solamente un pequeño infante, sino el Rey y Señor; Hijo de Dios que asumió nuestra naturaleza humana en el seno de una Virgen y en su misterio pascual venció la muerte. Y su Madre lo sostiene en uno de sus brazos, a una cierta distancia, casi como queriendo indicar que a pesar de ser ella quien lo engendró, no le pertenece.

12. Con el brazo libre la Virgen señala al Salvador, nos lo *enseña*, nos lo *muestra*, nos recuerda que *El es nuestra eterna alegría*. La Madre del Hijo de Dios nos *muestra* al Verbo hecho carne en su seno: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jn 3,16)*.

13. El monje debe, pues, mostrar con su vida y su palabra (o su silencio) al Hijo único de Dios. En medio de tantas voces, con frecuencia disonantes, una comunidad monástica está llamada a ser una señal indicadora de la presencia de Cristo en medio de su pueblo: Verdaderamente este hombre es el Hijo de Dios (*ver Mc 15,39*).

14. El monje es un *solo* por el Reino que intercede por su pueblo y muestra la presencia de Cristo en medio de la multitud: *Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (Mc 3,34-35)*.

María, la que entenece

15. La mayoría de los iconos marianos presentan a María tiernamente abrazada por el Niño, este representado siempre como Rey y Señor. Son los llamados iconos de María Madre de la ternura.

16. Madre e Hijo están íntimamente unidos. El Hijo rodea el cuello de la Madre y, en ciertos iconos, le toma el mentón con la mano en un gesto lleno de vigor y cariño. La sensación de afecto materno-filial está asimismo resaltada por el hecho de que las mejillas de ambos se tocan. La Madre *entenece* al Niño, el Hijo *entenece* a la Madre.

17. Al mismo tiempo que intercambian entre sí esa corriente de amor, en la que incluso se tiene la impresión de que el Hijo quiere alegrar el corazón de su Madre, ella *nos* mira con infinita ternura; nos regala todo el afecto que su Hijo le está tributando; se preocupa por nosotros; nos ama; es nuestra Madre.

18. En un mundo violento, duro, donde a menudo solo vale la ley del más fuerte, el monje está llamado a ser signo de la misericordia de Dios. Concretamente, la vida monástica debe ayudar a que se *entenezcan* nuestros corazones; a que el poderoso ablande su corazón y cese de oprimir al débil; a que el rico se preocupe por la suerte del más pobre; a que el indigente salga en búsqueda de su hermano necesitado de una palabra de aliento y apoyo.

19. En el monasterio cada hombre, cada mujer, de este continente, y de cualquier lugar del mundo, tendrá que poder encontrarse con la ternura de Dios; *sentir* que Dios es Padre, que Cristo nos salva, que el Espíritu Santo es amor; que María es nuestra Madre, que los santos son compañeros de ruta y que todo hombre es MI hermano. El monje está llamado a brindar un servicio muy peculiar: *un servicio de ternura*.

20. El monje es un *solo* por el Reino que intercede por su pueblo; que muestra que Cristo está ahora presente entre nosotros; y, con un corazón manso y humilde, *entenece* al pobre y afligido: *Hagan lo que él les diga (Jr 2,5)*.

Llevamos nuestro tesoro en vasos de barro (2Co 4,7)

21. Este *tesoro* es el misterio de Cristo presente en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que hemos recibido en el bautismo. Sumergidos en el agua participamos de la muerte de Jesús, y al salir de la fuente bautismal renacemos a una vida nueva, por la resurrección de Cristo (*ver Rm 6,4*).

22. El monje es un *solo* por el Reino, pero que no ha renunciado al amor humano. Por ello normalmente *comparte* su vocación, el regalo de la elección de Dios, con otros miembros del pueblo elegido: vive en comunidad. Y reconoce que también en sus hermanos, en todo bautizado, hay un tesoro escondido en recipientes de barro.

23. Al rezar, al escuchar la palabra de Dios, al participar de los sacramentos —principalmente de la eucaristía—, al trabajar, al compartir la mesa cotidiana en la que restauran sus fuerzas, los monjes dan testimonio de un gran misterio: *Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve (1Jn 4,20)*.

24. Sin menospreciar el matrimonio, pero sintiéndose llamado al servicio de *solo Dios*, el monje intercede, muestra a Cristo, entenece; no se aísla, sino que comparte con sus hermanos el misterio de llevar un *tesoro* en frágiles recipientes. Realiza así una renovada acción evangelizadora, fiel a la gran tradición monástica, y que valora fuertemente el misterio de Dios en el hombre; esto precisamente en Latinoamérica, donde tantos hermanos nuestros sufren una opresión humillante e inhumana.

25. Es necesario que los monjes tomemos clara conciencia de la importancia de esta acción evangelizadora, y siguiendo el ejemplo de María, nuestra Madre, intercedamos ante el Señor: *Ten compasión del pueblo que lleva tu nombre; tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos (Ecl 36,17; Sal 137,8)*.